

El origen de mi amor por la lectura¹

The Origin of My Love for Reading

ANA ALEMANY

España

alemanygil@gmail.com

(Recibido: 21-10-2025;
aceptado: 21-11-2025)

Resumen. La escritora Ana Alemany traza un recorrido por su experiencia como lectora en el que aparece el seno familiar como el espacio en el que se encuentran sus principales modelos y ejemplos a seguir, donde se habla de las lecturas “obligadas” de infancia y adolescencia, de lo que representa para ella el acto de leer y la lectura en sí, de la estrecha vinculación entre literatura y cine, y de ambas artes con la vida.

Palabras clave: *lectura; vida; creación literaria; educación literaria; formación lectora.*

Abstract. Writer Ana Alemany traces a journey through her experience as a reader, highlighting the family environment as the space where her main role models and examples were found. She reflects on the “mandatory” readings of childhood and adolescence, what the act of reading and reading itself represent for her, and the close connection between literature and cinema, as well as the link between both arts and life.

Keywords: *reading; life; literary creation; literary education; reading formation.*

¹ Para citar este artículo: Alemany, A. (2026). El origen de mi amor por la lectura. *Álabe* 33. DOI: 10.25115/alabe33.11072

No tengo conciencia de qué leí en mi juventud o adolescencia. No recuerdo qué libro fue el primero, ni el segundo ni el tercero. No creo que sea importante. Evoco vagamente, además de la saga de *Los Cinco* y la de *Los siete secretos*, de Enid Blyton, la de *Los Hollister*, de Andrew E. Svenson o las *Joyas Literarias Juveniles*, con Verne, Salgari, Stevenson o Twain.

Vistos ahora, quizás hayan envejecido mal, y aquello de beber zarzaparrilla e irse de excursión en bicicleta sin móvil ni GPS tal vez no sea lo que más pudiera enganchar a los jóvenes de hoy en día.

El tiempo pasa para todo el mundo, no solo para los de mi generación.

Por supuesto, los libros oficiales que nos obligaban (ese es el verbo exacto) a leer en la época escolar... algunos pasaron sin pena ni gloria... pero otros dejaron una huella indeleble en mí. *El Cantar del Mío Cid* o *La Celestina* puedo asegurar que no. Eran libros difíciles, ya no solo porque la temática no me resultara atractiva (o no la consiguiera comprender), sino por el lenguaje, ese castellano antiguo que hacía tedioso cada párrafo y que nos obligaba a acudir a nuestros hermanos mayores o a compañeros de cursos anteriores para que nos “aconsejara” sobre el camino que teníamos que tomar con los deberes.

Historia de una escalera, de Buero Vallejo. Ese fue uno de mis favoritos. Y eso que se trataba de teatro, que puede resultar un tanto más complicado, por tener que seguir a los personajes y sus diálogos sin apenas descripción o narración que te ponga en contexto. *Historia de una escalera*. Historia de los errores que se suceden de generación en generación, porque hay veces que no se puede luchar contra el destino. ¿O sí?

La búsqueda, de Pío Baroja; *El Buscón*, de Quevedo o incluso *El Lazarillo de Tormes*. ¡Cuántas veces no he utilizado yo la anécdota del racimo de uvas con el ciego! El primer amo que tuvo el lazarillo era avaro, cruel y muy muy astuto. Pobres como eran, un día que el ciego consiguió un hermoso racimo de uvas le dijo a su ayudante: “Lázaro, vamos a comernos estas uvas de una en una. Una tú y otra yo”. Pero el ciego, faltando a su palabra, se las comía de dos en dos. Y el joven, viendo que su amo desobedecía a su propia sugerencia, decidió que él se las comería de tres en tres. El ciego, una vez terminado el racimo reprendió al joven, diciéndole que le había mentado. Éste, a sabiendas que su amo no podía verle, le preguntó por qué sospechaba de su modo de actuar. La respuesta del ciego fue sencilla: “Porque yo comía de dos en dos y tú callabas”.

¡Qué magnífica deducción! El amo infringía su propia ley y el chiquillo callaba. El que calla, otorga.

Sin embargo, la lectura puede ser algo que va y viene. Y no pasa nada. Una temporada puedes estar más predispuesto que otras. Y no pasa nada. De verdad. No pasa nada. Lo importante es tener buena base. Haber descubierto el secreto de los libros. El placer que puede proporcionar un rato de silencio, acurrucado en el sofá. El conocimiento, entretenimiento, compañía, imaginación, descubrimiento o deleite que puede aportar ese fardo de hojas numeradas tan imprevisibles como intrigantes.

Por supuesto, si vives rodeado de libros, si en tu casa se respeta el silencio para poder concentrarte, eso ayuda. Si tienes de ejemplo a los de tu alrededor, siempre con

un libro en la mesa, en la habitación, al lado de la cama... sin darte cuenta, imitas. Mis padres tenían una magnífica biblioteca, repartida entre varios lugares. En el despacho de mi padre, en su consulta, pero la que me fascinaba era la que había en el salón de casa. De madera de caoba, desde el suelo hasta el techo, salpicada con la cronología de nuestras vidas en imágenes con portarretratos de todos los tamaños. “Un libro es tu mejor compañero de vida”, me repetía mi progenitor. “Con él nunca te sentirás sola. Y podrás viajar, conocer lugares remotos o de un tiempo pasado, o, ¿por qué no?, de un tiempo futuro. Podrás ser muchas personas diferentes y tu vida se verá enriquecida... sin moverte del sillón”. Y, sin apenas darme cuenta, surqué los mares del Sur, y visité la isla del tesoro o fui una mosquetera más. Embriagada por esas aventuras, empecé a escribir mis primeros cuentos, torpes aún, emulando a los protagonistas de esas correrías en las que el bueno siempre terminaba vencedor. De hecho, conseguí quedar finalista en un concurso escolar de escritura con 12 años, lo que, sin duda, despejó recelos acerca de mi capacidad para inventar historias.

Por eso, ahora que la evocación de mis padres ya no duele, es cuando puedo hablar de ellos.

Sí. Ahora que el tiempo ha suavizado las arrugas de la ausencia, a veces traicioneras, puedo permitirme el delicioso lujo de revivir un puñado de recuerdos que me hacen sonreír.

A mi madre, cuando ya era mayor y la memoria empezaba a tratarla como a una niña, siempre la veía en verano con dos libros. *El Padrino*, de Mario Puzo, 1969, y *Papillón*, 1969, de un escritor francés que nunca recordé su nombre, sino que lo asociaba a Dustin Hoffman y Steve McQueen, protagonistas de la película de 1973. El cine y la lectura juntos. Los dos libros los teníamos en el apartamento donde veraneábamos. Y ella, con la lógica que da una incipiente senectud, me convencía diciéndome: “Sé que son muy bonitos, pero de un año para otro no me acuerdo. Así que, para mí, cada veranos son historias nuevas”.

Gracias mamá. Me enseñaste que es mejor repetir que olvidar. Insistir que tirar la toalla. Ganar, aunque pierdas, que perder por no intentarlo.

El Padrino y *Papillón*. No los he leído. Tal vez porque esa cicatriz no haya cerrado. Pero sí he visto esas películas. Eso no escuece.

- “¿Es bonito el libro, mamá?
- Mucho, nena.”

Y por ese extraño arte de defensa que tiene la mente humana, Marlon Brando es mamá y mamá es Steve McQueen.

Aparte de la evidente consanguinidad, a mi padre y a mí nos unían muchas cosas. El amor por los momentos tranquilos, por la belleza escondida tras un instante rutinario, por el arrullo del viento enredado en los árboles, el azul verdoso del mar... por el cine, de nuevo el cine, o la literatura. Mejor dicho, los libros.

Además de enseñarme a montar en bici (eso no lo recuerdo tan nítidamente), en moto o a aprender a conducir, en nuestras largas sesiones de tertulias, o incluso en ocasiones fugaces, mi padre me enseñó a ser apasionada. Quizá no me enseñara, sino que simplemente me permitió que lo fuera. A veces acuden a mi memoria unas imágenes que en su momento no le di la importancia que se merecían.

La humildad era uno de nuestros temas favoritos. La compasión era otro. El cine. Y, por supuesto, los libros.

Cuando comencé con la creación de mi primer libro, un conjunto de semblanzas de mujeres que tenían relación con los polos (*Todos los caminos llevan a los Polos*, de Ediciones Casiopea 2018), mi padre padecía una enfermedad rara que le postró en cama el último año de su vida. Yo pasé muchos ratos a su lado. Conversando, leyendo o trabajando. Y, cuando acababa de redactar un capítulo, se lo leía. Sentía su orgullo paterno en su maltratado cuerpo cuando me decía, con un optimismo libre de rencor, “ojalá pueda resistir hasta ver el libro publicado”. La vida es maravillosa, aunque a veces, como simples humanos que somos, no seamos capaces de entenderla. Mi padre murió dos meses antes de que el libro viera la luz, pero eso no importó, porque la dedicatoria que contiene en su primera página me mantendrá unida por siempre jamás con su ilusión.

Pero regresemos, una vez más, al cine. El séptimo arte me ha entregado maravillosos libros. Porque, aunque pudiera parecer al revés, a mí las películas me han llevado ante grandes obras literarias de todos los tiempos. Clásicas, modernas o actuales.

Me quedaba maravillada viendo una película. En una sala, a oscuras, con ese sistema estéreo envolvente. Grandioso. Pero también en el salón de mi hogar.

“-Apaga la luz, que va a empezar”.

Y, al acabar la proyección, la aventura continuaba. “Si te ha gustado la película, el libro es todavía mejor”.

Lo que el viento se llevó, de Margaret Mitchell, 1936. Con Escarlata O’Hara y Rhett Butler antes, durante y después de la Guerra de Secesión americana, nos descubre el fin de una época: “Hasta que uno no ha perdido la reputación no comprende que era un peso enorme y que la libertad es formidable”. Magnífica descripción de la personalidad del protagonista.

Al Este del Edén, de John Steinbeck, 1952. Entre dos guerras, la de secesión y la primera guerra mundial, dos familias viven a lo largo de tres generaciones en el valle de Salinas. La película tan solo se centra en la tercera generación, y en la relación de los hermanos Aarón y Cal, que nos recuerda a la historia bíblica de Caín y Abel. “Salinas sufría a intervalos una racha benigna de moralidad, cuyo proceso no variaba nunca mucho. Cada explosión se parecía a la anterior. A veces comenzaba en el púlpito, y otras con motivo de la subida de una nueva y ambiciosa presidenta al Club Cívico Femenino”.

O la increíble saga de *Harry Potter*, de J. K. Rowling, 1997, que ha formado a toda una generación de lectores, con su icónico hechizo lanzado mientras agitaba la varita, “Wingardium Leviosa”, para hacer volar objetos.

Grandes producciones, pero mejores libros todavía. Porque en las obras escritas suelen existir más detalles, mayor riqueza de sutilezas. Y un tono subconsciente, subjetivo, puede aparecer, creando un mundo único y exclusivo, completamente diferente del resto de los lectores. El poder de la literatura y la mente.

Sin embargo, también existen libros de los que se han rodado películas inesperadas. Como la insuperable *Memorias de África*, del director Sydney Pollack, adaptada en la obra de la premio Nobel Isak Dinesen, 1937. Si bien el libro es una auténtica joya, ¿cómo pudo el director conseguir ese ritmo, ese “tempo”, esos personajes? O la lacrimógena *Tierras de penumbra*, de Richard Attenborough, que termina justo donde comienza *Una pena en observación*, de C. S. Lewis, 1961, en el que se fundamenta.

Ahora que ya no duele evocar a mi padre, aquel tipo alto, grande, con un genio repentino incomprensible, pero probablemente justificado y gran aliado de mis confesiones culturales, puedo decir que no siempre le obedecí. No porque no quisiera, sino porque, sinceramente, no pude.

No conseguí acabarme *Bombarzo*, de Mújica Láinez, Editorial Sudamericana, 1962, que me pareció incomprensible. Tal vez ahora no me lo pareciera, pero su tiempo ya pasó. Tampoco pude terminar *Ulysses*, de James Joyce, 1922, aunque sigo buscando el momento propicio para intentarlo de nuevo.

Porque los libros, al igual que otras muchas circunstancias en la vida como el amor, la suerte o la muerte, te llegan cuando es el momento adecuado. Y *Ulises* parece que deberá esperar todavía un tiempo más.

Actualmente, debido a la sobreinformación que hay sobre todo, creo que es más difícil poder elegir una buena lectura porque, sin querer, la opinión de un “youtuber”, un “instagramerbooker” o un “influencer” prevalece sobre un lingüista o un entendido en la materia. Hay páginas web como Goodreads donde la gente, anónimos o no, cuentan lo que han leído y la calificación que les ponen. Contra eso es muy difícil combatir.

¿Es malo? No. ¿Es bueno? Pues, no lo sé. Yo no sé qué circunstancias personales, sociales, económicas o incluso culturales tienen todos esos personajes que participan en esas plataformas. Y, desde luego, cuando empieza a haber dinero de por medio... la opinión puede estar desvirtuada.

Pero... si no puedes luchar contra ellos, únete a ellos. Y, sin ninguna pretensión, voy a enumerar algunos libros que he leído recientemente y que me han gustado. Unos son actuales, y otros no lo son.

Hermosos y malditos, de Francis S. Fitzgerald, Alianza Editorial, 1922. Sin duda, una de la mejor literatura que he tenido en mis manos.

La cartera, de Francesca Giannone, Duomo Ediciones, 2024. Una conmovedora historia sencilla, muy humana, de la vida de una mujer llamada Ana.

El abuelo que saltó por la ventana y se largó, de Jonas Jonasson, Salamandra, 2009. Una historia divertida, disparatada y a veces surrealista sobre un anciano que, al cumplir 100 años, se escapa de la residencia donde vive por la ventana.

Las gratitudes, de Delphine Devigan, Anagrama, 2019. «Hoy ha muerto una anciana a la que yo quería. A menudo pensaba: "Le debo tanto." Una novela sencilla y preciosa sobre, como indica en su título, el poder dar las gracias a los que nos han ayudado a lo largo de nuestra vida. Bellísima.

El último encuentro, de Sandor Marai, Salamandra, 1944. Una novela lenta, pausada, que aborda temas como la amistad, la lealtad, la traición o el amor.

Con todos y cada uno de ellos he sentido una leve punzada de envidia de la llamada "sana", de admiración. Porque al terminar el último párrafo y cerrar el libro, he pensado: "¡Qué maravilla! Ojalá lo hubiera escrito yo".